

Raúl Silva Castro

Historia Personal de la Literatura Chilena

Sin la tradición y la crítica histórica, el goce de todas o de casi todas las obras de arte se habría perdido irremisiblemente; seríamos poco más que animales, sumergidos en un solo presente o en un pasado inmediato. Es de fatuos despreciar o reírse del que reconstituye un texto auténtico, explica el sentido de palabras o costumbres, investiga las circunstancias en que vivió un artista, y lleva a cabo aquellas labores que resucitan la hechura y el colorido original de las obras de arte.—
Benedetto Croce, "Estética como ciencia de la expresión", I, cap. XVII.

I



DURANTE algún tiempo yo creí que era prudente escribir la historia de la literatura chilena en orden estrictamente cronológico, de modo que todos los escritores, sin excepción alguna, fueran apareciendo en la sucesión temporal que es propia de la historia. Es el orden que empleó, por ejemplo, don Julio Cejador en su obra monumental dedicada tanto a la literatura española como a las de tierras americanas. Pero pensando más ahincadamente en el asunto, se me presentaron inconvenientes. El salto de persona a persona implica

en el que lee ciertos cambios de adecuación espiritual que a la larga resultan fatigosos. De un dramaturgo se pasa a un filósofo, y sin preparación previa alguna es indispensable dar cuenta de periodistas, oradores y novelistas. No es un buen método. La obra que resulta carece de la más elemental organicidad, y viene a parecer un mosaico, una miscelánea de opiniones críticas, ya que se han omitido todas o casi todas las relaciones genéticas que son propias de la historia. Es verdad que Cejador dividió su materia en secciones temporales, y que al comenzar cada una de éstas puso un resumen o bosquejo de las tendencias psicológicas que se advierten en las obras que en seguida iba a examinar, y aun esbozos de acontecimientos políticos. El remedio es peor que la enfermedad: se anticipan juicios generales sin conocer antes los hechos que han permitido emitirlos, operación contraria a las normas lógicas.

Dando y cavando en lo mismo, llegué en fin a desechar el método que me había propuesto, y hoy tengo decidido redactar aquella historia conforme a los géneros literarios, y disponer éstos por orden cronológico de su aparición o aclimatación en Chile. Este artificio permitirá al lector repasar por separado, si le place, la historia de la poesía chilena, o reducirse al teatro o a la novela, con la seguridad de que en cada caso encontrará el total de la materia que en cada tema le ofrece el libro.

Cito el ejemplo no por ser mío sino por ser el que mejor conozco, y para que se advierta desde el comienzo cuál es el objeto de estas observaciones. Nada de índole histórica puede hacerse sin reflexión previa. Es posible escribir un poema en estado de trance, y que un cuento se le represente al autor íntegramente en el espíritu cuando llega el instante de ponerlo por escrito. Pero en obras de otro corte el autor debe preguntarse una vez y otra a dónde va con su esfuerzo, qué pretende conseguir de la obra resultante, a quién prestará ayuda y en qué grado tiene derecho a ocupar el tiempo de sus lectores. Estas observaciones son particularmente aplicables al reino literario nacional. Hay quienes niegan su existencia, y creen que porque la literatura chilena carece de nom-

bres de mundial resonancia, no cabe escribir su historia. Don Hernán Díaz Arrieta, sin ir tan lejos, en su reciente *Historia Personal de la Literatura Chilena*, pone en guardia contra la extensión. "El gran peligro que acecha a estas historias de pequeños países consiste en creerlas historias de países grandes", dice (pág. 111). De lo cual podría desprenderse que a su entender, si la literatura chilena es breve en su desarrollo orgánico, porque no abarca más de cuatro siglos y en cada uno de éstos pocos escritores, breve debe ser también la obra que trace su historia. Vamos por partes, ya que nos encontramos ante un paralogismo.

Las historias no serán breves o largas según la materia de que tratan sino según el punto de vista que se haya escogido al componerlas. Boissier, en una obra maestra, *Cicerón y sus amigos*, no temió emplear varios gruesos volúmenes llenos de importantes datos eruditos. Si lo consideramos con el criterio que expone el señor Díaz Arrieta podríamos sentirnos inclinados a condenarlo. Como empleó cuatro volúmenes en hablar de Cicerón y sus amigos, ¿cuántos habría necesitado para hablar de toda la historia de Roma? La verdad es que Boissier tiene derecho a hacer lo que hizo. Empleó un criterio monográfico y pretendió pintar el ambiente intelectual, político y moral de la Roma ciceroniana, y nada sobra en su libro, que con razón es considerado en todos los pueblos cultos como obra maestra del espíritu razonante y de la erudición histórica y literaria.

Pues lo misma pasa, *mutatis mutandi*, con el tema que llevamos entre manos. La historia de la literatura chilena, no tiene por qué ser breve en atención a que es corta la distancia de tiempo que cubre; será más o menos breve según lo que se proponga contar en ella su autor, según el método que emplee, la meta a que aspire, el número de las noticias que maneja, el público a que se está dirigiendo, etc. Si se me encarga hacer un compendio escolar, no cabe duda de que tendré que reducir mi materia en atención a las horas de clases concedidas al ramo, y entonces la historia de las letras chilenas bien podría hacerse caber en 260 ó 280 páginas.

Pero si, al revés, no es meta escolar la que me propongo sino ilustración para toda suerte de lectores, no me bastará aquella medida y cubriré algunas páginas más, sin que nadie tenga derecho a incriminarme la extensión. Puede condenármese que no exponga con claridad, o que me falten ideas generales, o que la información sea deficiente y los datos erróneos; pero la extensión, no.

En el origen del libro del señor Díaz Arrieta vemos, pues, un paralogismo, como decíamos más arriba. ¿Qué tiene de extraño que todo el libro resulte un tanto aproximativo y vago, carente de unidad y de ánimo, como si hubiera sido escrito a tirones, sin entusiasmo, por salir del paso?

Decía alguien que no se debe escribir sino de lo que se ama, y aunque la sentencia parezca extrema, algo tiene de verdad. Yo personalmente diría que no se debe escribir sino de lo que apasiona, porque pasión es también el odio y no cabe negar que ha producido páginas maestras en todas las lenguas y en todos los tiempos. Si el señor Díaz Arrieta hubiera odiado las letras chilenas, sin dudas su libro habría salido más animado, henchido de un tono vital más alto que el que muestra. No: no las odia; pero tampoco las ama. A cada paso revela en las frases más inocentes el aburrimiento que le ha producido recorrer catálogos o antologías para dar con algunos nombres, a los cuales, por último, no encuentra dignos de la mención. Si se hiciera un escrutinio de los autores que trata según el interés o la displicencia con que los presenta, parece seguro que llevarían la mayoría los de la última reacción. Y de que ha sido escrito a tirones, no cabe la menor duda por los cambios de método que se observan. En la primera parte, al tratar de los autores coloniales, el crítico redacta sendos retratos individuales bastante completos en su índole, aun cuando con datos añejos y con algunos errores que sólo la erudición literaria podría corregir. En la segunda, correspondiente al siglo XIX, los autores aparecen al comienzo en la misma forma, pero en seguida el autor pone capítulos relativos a géneros literarios, en donde cabe ya mencionar muchos escritores con vagas referencias y sin que nada se precise so-

bre cada uno. Y queda en fin la tercera y última parte de este libro, la relativa al siglo XX, en la cual ya no hay elaboración histórica de ninguna clase, puesto que se reduce a un catálogo alfabético de nombres. No es un libro orgánico lo que resulta, sino más bien tres folletos de diverso carácter y alcance, tres ensayos sobre la literatura chilena, tres intentos de penetrar en ella, los que se adicionan en esta obra, en forma tal vez ficticia, para que de lejos parezca libro y parezca historia.

En la página 203, por ejemplo, el autor abre capítulo con el nombre de "Poetas", y dice: "Este capítulo podría suprimirse perfectamente, sin que se perdiera nada de importancia". ¿De qué está tratando? De los poetas del siglo XIX, entre quienes menciona a Mercedes Marín, Salvador Sanfuentes, Guillermo Blest y José Antonio Soffia. De todo ello se desprende que al autor el fenómeno literario de la poesía chilena durante aquella centuria no le interesa, por motivos elevados y de raíz propiamente estética. No escribían los autores versos de gran calidad; les faltaba inspiración; no eran dechados de estilo; sus composiciones parecen frías hoy, sin que antes hayan sido, según parece, muy ardientes. En vista de eso, se consignan algunos nombres, muy pocos, y se sigue a otra cosa. La historia "personal" no excluye, como se ve, el desdén y lo trueca en arma crítica.

Y entonces cabe meditar qué se ha querido hacer con este libro, por qué se le escribió. Porque si el autor siente tan vivamente cual revelan estas páginas que la materia de que trata es inferior a sus gustos, al nivel que ha alcanzado la sensibilidad literaria en nuestros días y aún al imperio tiránico de las modas y de las aficiones en boga, entonces le queda grande el nombre de historia. Y como se ha colocado en actitud crítica, le faltaría explicar aun la ruptura que ha debido producirse en el espíritu de los chilenos como para que la exclusión de la poesía del siglo XIX no parezca simple descuido del investigador o capricho del crítico. En aquella centuria los poetas tuvieron ambiente y atmósfera. Sus versos, declamados en los ateneos y en las plazas públicas, parecían refle-

jar las emociones del mundo circundante. Se formaron revistas para darles cabida, y diarios como "La Voz de Chile" abrieron secciones semanales para hacerlos conocidos del más amplio público. Escribieron versos, además, muchos sujetos a quienes la fama póstuma considera hoy sólo como prosistas. Si tratarlos en la forma que emplea Alone es justa y no injusta, en seis páginas, quiere decir que todos los hombres de aquella época —creadores y lectores— anduvieron equivocados, ya que aquello no es poesía ni cosa que sea digna de mención.

Pero si vamos más lejos y nos asomamos a las letras de otras naciones en aquella misma época, y si comparamos la producción de los nuestros con las de los poetas de esas naciones, vendremos a concluir en que dominan leyes de una misma índole, y que son considerados poetas en Francia, España y Alemania, seres similares a los que en Chile aspiran a recibir el mismo título. Nótese bien que no comparo calidades. Estoy hablando de oficios, en los cuales unos pueden ser maestros y otros aprendices; hablo sobre todo de las relaciones que se trabaron de poetas a público. En cualquiera de las naciones nombradas, como en Chile, el poeta era un sujeto a quien se concedía el privilegio de exponer en sus versos las mismas emociones de la vida diaria que sentían los demás hombres, por el solo hecho de que éstos no eran capaces de darles paso a las letras y debían conformarse con dejarlas para su colete. La sociedad aspiraba a tener voz para expresarse, y a falta de una sola garganta, enorme, se limitaba a las voces sueltas, dispares, no siempre bien afinadas o concertadas siquiera, de dos, tres o diez poetas. La eliminación que practica el señor Díaz Arrieta es muy seductora para ser expuesta en la sobremesa, entre sonrisas, cuando se niega rápidamente la existencia de un problema para no deshacer el ambiente risueño que ha prevalecido en el festín; pero es, socialmente hablando, una iniquidad y una incongruencia. Equivale a decir que el pueblo chileno estuvo mudo durante un siglo, a erigir nuestro gusto de hoy en el único cartabón de todos los gustos que su-

cesivamente han podido germinar en una nación culta, y equivale aún a suponer que nuestros abuelos y padres eran hombres negados a la estética puesto que se complacían con producciones sin importancia. Desde este último punto de vista se nos permitirá detenernos un poco más en el problema. El criterio es peligroso. Invita no ya sólo al escepticismo que señalamos como general en esta obra, sino inclusive a la soberbia. Eso de que nuestros antepasados fuesen tan infelices que pudieran entretener sus ocios con una cosa que llamaban poesía y que no lo era, podría ser extendido a otras artes y a otras actividades de la vida de relación. Podría decirse que no entendieron la cosa pública, que desbarraron en política y en economía, etc.

Los únicos sabios y cuerdos seríamos nosotros, los de la generación presente. La concepción de los problemas sociales que hemos lucubrado para nuestro uso, sería la única digna de atención. Y así, sucesivamente, se diría de las letras, de las artes, de la filosofía, de todos los fenómenos propiamente espirituales.

¿Es sostenible en sana doctrina semejante actitud? Pues bien, para entender mejor la gravedad que encierra la posición en que se coloca *Alone* en este libro, nótese que nos hemos reducido a extender hacia fenómenos de la vida de relación humana no estrictamente literaria la actitud que el autor muestra respecto sólo a las letras chilenas. Si nos atrevemos a postular que la poesía chilena no existió en el siglo XIX, y que lo que por tal se tuvo no pasaba de ser ejercicio retórico deslucido y sin gracia, idéntico derecho tendremos a postular cosa semejante respecto de cualquiera otra actividad del espíritu en esa misma centuria o en otra anterior. Basta dejar dicho esto para que se entienda cómo quien albergue tal criterio puede hacer historia de nada. Que es lo que nos interesa dejar establecido ante el libro de *Alone*, precisamente porque lleva el título de *Historia* y no otro de los muchos que pudo legítimamente llevar.

II

Los primeros problemas que se plantean para escribir la historia literaria de Chile, o de la literatura chilena como más habitualmente se dice, son los de método. ¿Cuál será la materia del estudio? ¿Qué criterio se empleará para incluir o no incluir escritores que nacieron fuera del país? Si el instrumento natural y obvio de la literatura chilena es el idioma español, ¿cabrán en ella las obras que hayan sido escritas en otros idiomas? Ercilla, que no nació en Chile, ¿debe ser incorporado en el inventario? Y así, sucesivamente. No pretendemos agotar los problemas de método, pero sí caracterizarlos como hemos hecho, esto es, como los primeros que deben ser resueltos, y en forma inequívoca. Veamos, por ejemplo, en presencia de la *Historia personal* lo que resulta por no haberse planteado esos problemas. El autor considera en su catálogo alfabético de autores del siglo XX a dos pensadores, filosófico el uno y político el otro, don Enrique Molina y don Carlos Vicuña; pero omite a los demás, aun cuando entre éstos se dan algunos de tanta prominencia como don Valentín Brandau, cuyos volúmenes *Al servicio de la verdad* han sido, de otra parte, calurosamente elogiados por el crítico en sus colaboraciones semanales de "El Mercurio". Faltó una deliberación previa: si el historiador se hubiera propuesto considerar por parejo a los pensadores o expositores de ideas, no habría quedado fuera precisamente aquél a quien más ha elogiado.

Cosa semejante a la que llevamos dicha ocupó hace ya más de treinta años a don Eliodoro Astorquiza, quien consideró el *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena* de don Domingo Amunátegui Solar en prolijo estudio publicado por "Juventud", revista de la Federación de Estudiantes de Chile (N.º 17, octubre de 1922, págs. 68-81). "¿Don Andrés Bello y don Antonio José de Irisarri son escritores chilenos? —se preguntaba el crítico—. Si me he formado un criterio general sobre la cuestión, me será sencillo resolver, en cualquier momento, éstos y otros casos análogos; mi

obra será comprensible y lógica. Si no poseo ese criterio, daré ahora como literario lo que más allá omitiré como iliterario, pasaré por alto a un autor que es tan mencionable como otro de que me he ocupado". El punto ha sido muy bien planteado, y debe tomarse en serio.

De las nóminas de nuestros autores que tenemos nosotros dispuestas para nuestro uso, por si llega el caso de redactar la historia literaria de Chile, ahí van algunos nombres. Miguel Luis Amunátegui Reyes, filólogo; Domingo Amunátegui Solar, historiador; Gregorio Amunátegui, novelista y cuentista. Estos tres Amunátegui han desarrollado su obra en nuestros días, y aun cuando los dos primeros abarcan con ella parte del siglo anterior, vienen a ser contemporáneos de Francisco A. Encina, que aparece, y posteriores a Pedro Antonio González que murió en 1903, también considerado. Nótese la ausencia de Daniel Belmar, la mejor promesa de novelistas que ofrece su generación, y de Antonio Bórquez Solar, poeta y dramaturgo; de Valentín Brandau, pensador político y polemista; de Luis Felipe Contardo, poeta; de Misael Correa Pastene, crítico literario y periodista notable. Tampoco figura otro crítico, Luis David Cruz Ocampo, ni Benedicto Chuaqui, novelista, ni Luis Enrique Délano, cuentista, ni Aurelio Díaz Meza, autor de leyendas y crónicas históricas, ni Humberto Díaz Casanueva, poeta, ni Ricardo Donoso, historiador. Nos hemos reducido, como puede ver el lector, a pocas letras. No seguiremos, porque no es nuestro ánimo abrumar a nadie. Bastan los ejemplos puestos para que nos interroguemos qué se ha pretendido hacer al suprimir a tanta gente de todo pelaje y de las más diversas especialidades. Podría el autor decirnos que la obra de algunos de estos caballeros que dejamos citados no le agrada, y que en consecuencia le parece tiempo perdido el que emplee en considerarla. No es buena alegación. Historia es un género literario en el cual se consideran hechos, sea cual fuere el juicio de valor que sobre ellos se intente. Puede a mí parecerme pésimo el desempeño de Balmaceda como Presidente de la República, puesto que condujo al país a la gue-

rra civil; pero no podré omitir su estudio en la serie presidencial si tengo entre manos la historia política de la nación. Puede al señor Díaz Arrieta gustarle poco o nada la literatura de Cruz Ocampo, pero si habla de los críticos chilenos del siglo XX, debe mencionarlo. Ni vale tampoco en este caso la objeción de que este autor no ha recogido en libro sus muchos estudios literarios (1), ya que en esta obra figura Jorge Hübner Bezanilla (págs. 250-1), que "no se decide a dar un volumen", justamente elogiado como poeta. Creo que con estos ejemplos el problema queda más claro.

Una de las normas fundamentales de la historia es que no se debe juzgar del pasado por las creencias, intereses, pasiones y apetitos del presente. La mejor historia será siempre aquella en la cual se respete celosamente la atmósfera intelectual dominante en el período que se somete a estudio. De estas convenciones generales puede dispensarse Alone, ya que no le interesa hacer historia y mira con gran distancia el género que lleva ese nombre y a los cultivadores del mismo, con muy pocas excepciones. Pero entre estas excepciones se halla don Francisco A. Encina, a quien Alone cita con frecuencia en sus páginas, y es precisamente al señor Encina a quien ha correspondido señalar muchas veces lo que llevamos relatado. Quien haya leído los veinte volúmenes de su historia, habrá encontrado allí menciones innumerables de aquellos principios, en todos los tonos, inclusive en el polémico y áspero que le parecía al historiador conveniente para fijar más a fondo aquellas verdades en el espíritu de sus lectores.

Para ser historia, pues, en el alcance propio del término, una obra que estudie los fenómenos literarios de la nación no podrá erigir los cánones literarios de hoy en criterio de selección, so pena de amputar en exceso el panorama. Deberá ser más ecléctica. La de Alone no es ecléctica, y carece de flexibilidad aun cuando apa-

(1) El señor Cruz Ocampo no ha recogido en libro sus estudios de libros, pero sí el ensayo general de crítica literaria titulado "La intelectualización del arte", publicado en 1927 y luego, traducido al francés, en 1931.

renta a cada paso, por la ironía, tenerla en grado excelso. ¿Cómo no va a ser inflexible el crítico que se salta a pie junto, con limpieza ciertamente graciosa, toda la poesía chilena del siglo XIX, el teatro, y no pocos novelistas? Porque para el autor existe Blest Gana, a quien dedica una semblanza poco entusiasta y llena de toda suerte de reservas; pero no cuentan ni figuran para nada Vicente Grez, Daniel Barros Grez, Liborio Brieba ni otros tres o cuatro que podrían también mentarse. ¿Fueron malos escritores? Concedido de antemano; me apresuro a decir, inclusive, que fueron pésimos, ya que estoy discurrendo en hipótesis y ello no me compromete. Pero ocurre que el crítico también trata de malos escritores, y lo dice. Le parecen malos, malísimos, insufribles, Camilo Henríquez y Vicuña Mackenna; pero los estudia, les dedica algunas páginas, aduce pruebas para demostrar que no los denuesta por su puro gusto sino por motivos a todos accesibles. Lo mismo pudo hacer con los otros. Es la falta de mención la que nos extraña. Cierta es que se hace crítica con el silencio, pero esta vez estamos haciendo historia y no crítica, como denuncia el nombre mismo del libro.

Es verdad que el autor añade el adjetivo "personal", cuya existencia defiende en una nota inicial muy aguda y fina, pero nada convincente. Desde luego, toda historia es "personal" en los propios dos sentidos que el autor señala. Primero, porque trata de cosas vivas y debe, necesariamente, hablar de hombres, esto es, de personas; segundo, porque envuelve o encierra reacciones personales, gustos y aficiones, "simpatías y diferencias" como diría Alfonso Reyes, a quien precisamente cita el autor con elogio. En suma, el calificativo de "personal" puesto en el título de este libro huelga totalmente porque no basta por sí solo para dispensar a su autor de nada de lo que en él puso, ni, mucho menos, de nada de lo que en él omitió.

Imagínese Alone que el día de mañana se escribe otra historia de la misma literatura chilena que ha dado tema a este libro, y que en ella se trate de dar cuenta de "todos" los fenómenos literarios, a

los cuales se encadena y concuerda conforme líneas generales de ideas. Esa historia no está escrita entre sonrisas; puede ser, si se quiere, seria y hasta doctoral. Pero será, al mismo título que la de *Alone*, una historia "personal" de la literatura chilena. Tratará de seres vivos que dejaron una obra, y su autor será un ser vivo más en la corriente cósmica. Será, pues; tan "personal" como la de *Alone* aun cuando apunte a otra meta y se lleve a cabo haciendo uso de otros resortes adecuados para despertar el interés del lector. De probar demasiado, nada prueba lo de "personal" puesto en el título de este libro.

¿Se sugiere acaso con él que el libro es caprichoso? No, no es el caso. *Alone* no quiere ser caprichoso, y lo demuestra por todas partes. Cuando quiere reforzar sus impresiones, cita a terceros; le place el juicio de Alfonso Reyes sobre Gabriela Mistral, y lo transcribe; cree excelente la definición de Neruda hecha por García Lorca, y la copia. En diversos momentos acoge expresiones de Eduardo Solar Correa, de Pedro N. Cruz, de Eduardo Barrios, de J. T. Medina para ayudarse en la labor. Confía en el juicio de los demás, y por lo tanto procura extender el propio en una solidaridad intelectual que forma el cimiento primario de la erudición literaria. En consecuencia, no es caprichoso, no aspira a la originalidad absoluta, se conforma con no ser él el primero que piensa, así sobre tal o cual autor. Debemos, pues, rechazar como tentación del enemigo malo la sospecha de que este libro aspirara al capricho.

Más bien aspira al orden, cosa por lo demás inherente a toda empresa histórica. Sólo mentes ordenadas por la lógica pretenden entender las cosas del mundo en la jerarquización de la historia. Los anarquistas, los discípulos del nihilismo no hacen relatos históricos. Y hay, además, dispersas por aquí y por allá, ciertas insinuaciones muy claras sobre la filiación del autor. *Alone* no cree que el país haya nacido sólo ayer; cree que lo ha formado la sucesión ininterrumpida de todos los hombres que lo poblaron, y que en mayor grado le dieron estructura los realistas que los ideólogos.

De allí a bucear en la historia no falta sino un paso. El autor lo da, y escribe en consecuencia la historia de lo que más le interesa en la vida, como lo muestra su serie hebdomadaria de estudios literarios, la historia de la literatura chilena.

No será, pues, simple crueldad nuestra la de pedir a una mentalidad hecha al orden y a la lógica y discreta aunque no vigorosamente enamorada de la historia, que cuando emplea el nombre de ésta en una obra, se sujete a sus leyes y preceptos siquiera en lo elemental. Ya vimos que había faltado a ellos al suponer que no hay poesía en Chile durante el siglo XIX porque lo que entonces llevó ese nombre no satisface el gusto de las generaciones presentes. Esta especie de canibalismo literario no es, por desgracia, único en el libro que estamos comentando. También se cometen algunos de cuerpo presente.

III

“El papel de historiador de una literatura —decía por otra parte el señor Astorquiza en su ya citado estudio— comprende, entre otros deberes, el muy primordial de individualizar, de concretar, de poner en pie la personalidad de cada escritor. Nunca se empleará en esto bastante esmero, so pena de que el que lee concluya por no conservar en la memoria sino una imagen borrosa de otras y tipos y no distinguir bien a un poeta de otro, a un historiador de otro, a Guillermo Blest Gana de Guillermo Matta, a Vicuña Mackenna de Amunátegui. La biografía, la anécdota, el paralelo, el rasgo del carácter y del ingenio, las particularidades de la composición o del estilo, todo debe utilizarse para el objeto”.

Desde este punto de vista también echamos de menos en el libro del señor Díaz Arrieta alguna mayor precisión de rasgos. Las siluetas de los escritores coloniales, merced a la extensión que tienen, se prestan para la individualización; pero a medida que se avanza en el libro, el espacio concedido a cada escritor es más breve. Parece que la fatiga de la obra relativamente extensa ha ga-

nado al autor, que desea despachar pronto un menester que le resulta enfadoso. Y así ocurre lo que Astorquiza temía: los últimos cuadros individuales, dispuestos en orden alfabético, y no cronológico, ni en atención a las especialidades de cada autor, son sumamente superficiales y distan muchísimo de satisfacer la legítima curiosidad del que lee. No se mencionan con los detalles oportunos las obras, o no se dan las fechas en que llegaron a conocimiento del público, con lo cual se priva a la obra de la dimensión temporal que debe tener y que se anuncia, por lo demás, al llamarla "historia".

De esto, en fin, resulta además que la expresión historia debe entenderse que calza sólo con las primeras partes del estudio, pero no en modo alguno con la tercera y final, es decir, con el catálogo de autores contemporáneos. Un diccionario no equivale a una historia. Al disponer a los escritores por el orden alfabético de sus apellidos se rompen todas las relaciones sentimentales, morales, psicológicas en suma, con que se unen los hombres en generaciones o escuelas y grupos de edades; y se rompe, asimismo, la relación circunstancial pero de importancia propiamente histórica, que se logra cuando se les juzga en atención a los géneros o especialidades que cultivaron. Los diccionarios son muy útiles, y nadie osaría, creo yo, disputar la importancia que asumiría para nuestras letras la confección de un buen registro alfabético de cuantos han cultivado la literatura a lo largo del tiempo. Inclusive podría ser ésta una de las obras previas a la historia literaria misma, ya que permitiría escribirla a quienes no quisieran tomarse la molestia de componer monografías por su cuenta. Pero de allí no se sigue que con el diccionario se reemplace la historia, ni mucho menos que convenga englobar bajo el nombre de esta última lo que no pasa de ser una nómina alfabética.

El autor de este libro parece hallarse dominado por el concepto de que la historia (tal vez por el hecho de que la ha llamado personal) debe reemplazar totalmente a la crítica literaria. Es al revés. Una historia de la literatura chilena, o de las letras de cual-

quier nacionalidad, debe presentar hechos literarios, fenómenos que afectan la vida del espíritu, personas y circunstancias relacionados con el gusto de la palabra escrita. Se apoyará en la crítica que se haya vertido sobre esos hechos, personas y circunstancias, pero no tiene la obligación de compartirla, y al revés, ganará en ecuanimidad y distinción si el historiador, colocándose un poco por encima de las pasiones estéticas contemporáneas de los autores, procura dar a cada uno lo suyo. La historia y la justicia son parientes próximos. De allí la exigencia de individualizar que hacía el señor Astorquiza, la cual debemos entender con amplitud y sin ceguera. Se trata de individualizar para que nadie resulte injustamente desmedrado en el escrutinio. Blest Gana sobresaldrá por la delicadeza, Matta por lo bronco, Vicuña Mackenna por lo pueril y Amunátegui por lo sesudo, para reducirnos a los nombres que Astorquiza pone en su observación de líneas más arriba. Todos serán escritores, de todos haremos mención honorable y prudente, y aunque sus producciones no nos gusten, deberemos dar cuenta de ellas.

Por esto ocurren también ciertas observaciones al paso que no dejan de tener sabor. ¿Qué significa poner todas las obras de que es autor Carlos Vicuña (pág. 278), con referencias a años de publicación y a diversas ediciones, cuando no se ha tenido la misma prolijidad con Daniel de la Vega (pág. 276)? El método, como se ve, no es el mismo. El lector que abra este libro para informarse acerca de Vicuña podrá proclamar que sale satisfecho; pero el que lo consulte para estudiar a Daniel de la Vega, tendrá derecho perfecto a sentirse defraudado. No se le dice dónde publica sus artículos, ni se menciona uno solo de los títulos de novelas, cuentos, piezas de teatro y demás especialidades que pueden reconocerse en su obra. Son doce líneas que pueden componer una silueta crítica (bastante peyorativa por lo demás), pero que no calzan con las necesidades de la relación histórica.

En 1931 publicó Alone, con el título de *Panorama de la Literatura Chilena durante el siglo XX*, una colección de estampas críticas; y allí consideró al mismo Daniel de la Vega a que nos es-

tamos refiriendo. En ese tiempo le agradaban sus empresas, y la imagen entonces diseñada resultó simpática y atrayente. No menciona títulos de libros, pero sí dice que es, en concreto, en "El Mercurio" donde publica sus livianas crónicas. Y agrega al final de su semblanza: "El trabajo que mata a otros, a él lo ha resucitado. Pareció al principio que la fiesta no podía durar; pero pasan los años y ni las alas ni los trinos se le cansan y está en la misma rama, instalado definitivamente. La confianza vuelve al espíritu ante tal espectáculo; se comprende que el vigor de una vocación seguida absolutamente puede romper los más duros hielos. Y que bajo esa fisonomía exangüe, una fuerza superior habitaba. No siempre los atletas tienen el color encendido y la mirada feroz". Desde 1931 han corrido más de cuatro lustros, y Daniel de la Vega ha seguido realizando ese mismo espectáculo que tanto seducía al crítico, sin alternativas, con pasmosa regularidad, dando prueba cotidiana de que esa "fuerza superior" no se ha secado ni disminuye mucho de caudal. Y esta vez, en lugar de sentirse admirado del espectáculo, el crítico refunfuña y muestra enfado.

Con Pedro Prado (págs. 266-7) el autor es más generoso; pero cuando llega el instante de mentar sus obras, se detiene en *Un juez rural*, novela publicada en 1924. Quedan fuera todos los libros posteriores, inclusive la serie de sonetos que al poeta embargó los últimos años de la existencia y en la cual, por lo demás, logró aciertos que sería necio disputar. Pezoa Véliz (pág. 265) aparece correctamente nacido en 1879; pero erróneamente fallecido en 1909 (murió el año anterior) a los 27 años de edad, lo que es imposible a la luz de la aritmética, ya que la distancia de tiempo que media entre esas dos fechas sería en todo caso de 30 años. La última obra que se cita de Rafael Maluenda (pág. 257) no se llama *La colmena* sino *Colmena urbana*, y no es posterior a *Armiño negro* sino anterior. Las fechas de nacimiento y de muerte de Augusto d'Halmar son erróneas. Y así sucesivamente. ¿Qué individualización cabe, conforme la quería Astorquiza, si se confunden hechos obvios?

Y no es trivial erudición lo que pedimos al autor, sino seriedad para informarse. Desde el punto de vista de Sirio es, naturalmente, en absoluto indiferente que un escritor chileno haya nacido en un año o en otro; pero también desde el punto de vista de Sirio la literatura chilena no existe. Para escribir sobre ella debemos, pues, abandonar ese miradero e instalarnos en el centro del panorama, atisbar a todos lados, estudiarlo todo, comprobarlo todo, dudar de todo y atenernos escrupulosamente a lo que resulte después de infinitas pruebas y tanteos. Desde el punto de vista de Sirio, los sonetos de Prado pueden no ser nada; pero si estamos escribiendo sobre Prado una silueta crítica, pesan y mucho. Más aún: son decisivos, definen una etapa de su obra, rompen caminos y sellan rostros y señalan, en fin, la existencia en el espíritu del poeta de una inquietud por crear la belleza que le define como excelente escritor literario. Omitirlos, saltárselos, forma parte del canibalismo literario a que hacíamos referencia en líneas anteriores.

En diversas publicaciones que ha hecho el señor Díaz Arrieta a propósito de su libro, y para responder a las censuras que él ha merecido, insiste en la noción de aburrimientos. La literatura, según él, debe procurar no ser aburrida; el estilo debe variar, las emociones cambiarse y alternarse con sorpresa, a fin de que no sea aburrimiento lo que conquiste el lector. El tedio le separa de los libros, y si en las páginas que se le ofrecen no halla placer, declara que está leyendo cosas aburridas y que, en fin, no debe seguir leyendo. Cree, en fin, que ha conseguido hacer con su *Historia personal de la literatura chilena* un libro por esencia no aburrido.

Todo eso estaría muy bien si fuera efectivo. El propósito del historiador de una literatura nacional no puede ser sólo considerar los autores no aburridos, o de ellos elegir sólo los libros que mayor entretenimiento ofrecen. Debe considerarlos y elegirlos a todos. Si así no procede, se expone a errar por capricho o por inadvertencia, si el nombre de sistema calza mal a la psicología del esteta enemigo del tedio. Alone, por ejemplo, puede haber escogido con mucho tino a los autores del siglo XIX y del siglo XX, y ha-

ber procurado señalar para información de sus lectores sólo a aquellos que no le aburrieron al releer sus libros para estudiarlos en sus páginas; pero no podrá jactarse de que en los autores de otros siglos no se tropezó alguna vez con el aburrimiento. Oña, sin ir más lejos, le ofreció densas dosis de opio en *El Vasauro* y en *El Ignacio de Cantabria*, y Lacunza no puede haberle entretenido página tras página de su interminable *Venida del Mesías*. Por lo demás, su criterio es uno, pero no es naturalmente el único. ¿Advirtió Alone, que es lector aplicado de don Pedro Nolasco Cruz, que éste se había aburrido mortalmente con la lectura de ese mismo Oña, y que sin más lo dijo en una censura demoledora? Si el señor Cruz se aburre con un escritor, ¿no podrá sentirse autorizado a lo mismo otro lector aplicado como él? De donde se desprende que declararse aburrido con la lectura de los libros, cosa que puede pasar en crítica literaria, no se compadece con la historia de las letras y viene a ser, en fin, la prueba de que el aburrido no es buen historiador aun cuando sea, como sin duda son los señores Cruz y Díaz Arrieta, excelentes críticos.